

pantosa galería donde las soldaderas tenían sentados sus reales. Las tinieblas anidaban en la bóveda; seguían con el mismo ardor la charla y las maniobras; las risotadas tenían eco en el claustro, y las fogatas esparcidas por el desigual pavimento, alumbraban las paredes de los lados con una luz infernal.

Allí supimos la causa de la riña que nos facilitó la entrada al convento. Un soldado había tenido en Méjico sus quebraderos de cabeza antes de partir á la campaña, y cuando volvió con el ejército triunfante traía consigo á una tapatía por esposa: las sirenas de la capital luego que le vieron sano y salvo le reclamaron por suyo; él se burlaba de todas; pero la tarde á que nos referimos, tuvieron ellas una entrevista en la susodicha galería: cada una alegó prioridad de derecho: aquello fué una cuestión legal, una conjuración. Pero cuando todas disputaban y ninguna se convencía, aparece el soldado, causa de la quimera, y todas arremeten contra él como furias. . . .

Cuando atravesamos el patio ya iba entrando la noche; y mientras las pilastras se dibujaban en un claro-oscuro, reflejaba la luna su luz en la parte superior de los muros como una caricia melancólica.

Seguimos nuestro camino, y á un lado de la puerta vimos otra vez al centinela que descansaba en su arma, inmóvil y callado como la estatua de la vigilancia que decora la entrada de la mansion del reposo.

II.

PASADO.

¡Pero nada dicen al pensamiento estos lugares! ¡No hiere vivamente á la imaginación este sello particular que distingue á los antiguos monumentos de las obras de ayer! ¡Quiénes echaron los cimientos de estos muros! ¡Cuáles son las santas memorias que encierran, y los dramas silenciosos de que han sido teatro! ¡Permanecerá muda la historia á nuestras preguntas! Volvamos la vista al océano.

Era una mañana esplendente: el cielo ostentaba su azul purísimo, esento de la mas ligera nube; parecia la mirada del Eterno fija sobre la naturaleza y complacida en su gallarda hermosura.

El sol, que brotaba del seno de las ondas, derramaba torrentes de gloria y se levantaba lentamente como bañándose en el mar.

En estos momentos de amor inefable y recogimiento sublime, en que todo ruido es armonía, todo afecto adoración, y toda palabra un himno; en estos momentos de animación universal, los habitantes de Veracruz se hallaban en la playa con los semblantes convertidos al Oriente. ¡Qué buscan sus ojos en las remotas soledades del piélagos!

Mírase en el horizonte un objeto de forma indecisa que se acerca magestuosamente. ¡Será una nube impelida por los halagos de la brisa? ¡Será un cisne que tiende sus blancas alas sobre la espuma y se goza en vagar al capricho de las olas!

Es una vela.

Poco á poco se va distinguiendo su figura.

A medida que se acerca, sube de punto la curiosidad y toma creces el rogo en el concurso que la espera.

Ya está en el puerto. Al mudo interés de los espectadores siguen aclamaciones entusiastas.

Viene en esta nave el Lic. Luis Ponce de León, que sucederá en breve á Cortés en el gobierno de Méjico; pero trae asimismo á doce personajes misteriosos, cuyos nombres no se proclaman, pero á quienes todos miran con el mayor rendimiento y veneración.

Al día siguiente se les ve tomar su camino hácia la capital, solos, sin aparato, sin el séquito fastoso con que mas tarde emprendían su viaje los vireyes.

Con todo, su peregrinación es un triunfo: por todas partes salen los naturales á recibirlos con cantos y danzas, ofreciéndoles ramilletes fragantes y vistosos. Una voz interior aseguraba á los infelices indios que estos nuevos huéspedes, pobremente vestidos y en cuyo modesto semblante leían la benevolencia, no eran como los hijos de Tonatiuh que fulminaban rayos, convertían en ceniza los pueblos y reducían á servidumbre á los moradores de Anáhuac.

Por eso los recién venidos eran objeto de estos y otros mil

agasajos: el sentimiento que despertaban en cuantos los veían era el que escitan los enviados de la Divinidad.

Contemplaban ellos, radiantes de júbilo, las selvas vírgenes que los acogían en su seno de perfumes, los valles dilatados donde se espacia la vista por alfombras de lirios y gentiles arboledas: las cataratas les hablaban el idioma del desierto; una brisa balsámica les daba el ósculo de paz; aves de nunca visto plumaje seguían sus pasos, vertiendo la magia de la armonía, y hasta las nevadas cumbres de la escelsa cordillera parecían inclinarse á darles la bienvenida.

En medio de esta pompa risueña llegan á esta ciudad, de donde sale á recibirlos lo mas granado de la nobleza española recién avecindada, y á su frente el conquistador. Todos á porfía se empeñan en darles las mas brillantes pruebas de amistad y acatamiento; pero ninguno se estremó tanto como Cortés. Arrodillado delante de cada uno, le besaba las manos y vestidos, poniéndoselos en los ojos y sobre su cabeza.

Los hombres que movían las fibras más delicadas de tantos corazones, en quienes se cifraban tantas esperanzas, y cuya presencia se consideraba como un don del cielo, eran doce frailes humildes pertenecientes á la religion que produjo á Santo Tomás de Aquino, el varon mas docto de su tiempo, y en la que florece el P. Lacordaire, dechado de predicadores; eran los primeros religiosos de la órden de Santo Domingo que pisaban nuestro suelo.

Esta entrada en Méjico se verificó en 23 de Junio de 1526.

El origen de la venida de los religiosos no fué sino el celo en que ardian en aquella época todos los varones apostólicos por estender el imperio de la fe en las regiones del Nuevo-Mundo, recientemente conquistadas. Y no cabe duda en que la mies que habian de cosechar era copiosa.

Nuestros frailes vinieron de España enviados por su general, que lo era á la sazón el P. Fr. Silvestre de Parra. Fueron cinco de la provincia de Castilla:

Fr. Tomás Ortiz, vicario,
Fr. Vicente de Santa Ana,
Fr. Diego Soto Mayor,
Fr. Pedro Santa María, y
Fr. Justo de Santo Domingo.

Tres de la provincia de Andalucía:

Fr. Pedro Zambrano,
Fr. Gonzalo Lucero, diácono, y el lego
Fr. Bartolomé de Calzadilla ó Salcedilla, segun otros.

No quiso mas de ocho religiosos el vicario, porque traía noticia, segun refiere un cronista, "del bendito P. Fr. Domingo de Betanzos que estaba en la Isla Española, y traía licencia del general para que de aquella provincia pudiese hacer cumplido el número de doce religiosos para Méjico."—Este número era sagrado, y hacia alusion al de los apóstoles.

En efecto, al pasar por la Isla de Santo Domingo se unieron á los viajeros, ademas del referido P. Betanzos, otros tres, con los cuales se completó el número deseado, y fueron:

Fr. Diego Ramirez,
Fr. Alonso de las Vírgenes, y
Fr. Vicente de las Casas, novicio.

Recibidos en esta ciudad, como se ha dicho, fueron llevados en procesion al convento de S. Francisco, donde se hospedaron, manteniéndose en él tres meses hasta Octubre del mismo año, que fueron al sitio que se les señaló para fabricar su convento, en una casa que estaba donde fué despues la Inquisicion, y probablemente donde hoy está la Escuela de Medicina.

Pusieron manos á la obra, y en poco tiempo consiguieron darle cima; pero los acogió tan mal el temperamento, que en menos de un año murieron cinco religiosos y enfermaron los demas, de suerte que el año siguiente de 1527, Fr. Tomás Ortiz, que vino de superior, tuvo por conveniente regresar á la Península, y con él otros tres religiosos.

Pasó despues en 1528 el mismo P. Ortiz con otra mision de veinte religiosos á Santa María, de órden del emperador, quien al año siguiente lo hizo obispo de allí, y fué el primero de aquella provincia: con esto ya no quedaron en Méjico sino tres frailes, que fueron Fr. Diego Lucero, Fr. Vicente de las Casas y el P. Betanzos, á quien se debe no solo la fundacion de este convento, sino de toda la provincia de Guatemala.

Permanecieron los religiosos en el sitio indicado hasta el año de 1530. El gobernador Juan Alonso de Estrada les señaló

dió el de la esquina de enfrente, y segun nos informa el escritor de quien tomamos esta noticia, "labraron allí su convento á costa de la real hacienda, cuya iglesia se dedicó el año de 1575, y el año de 1590 á 8 de Diciembre, la consagró el Sr. D. Fr. Alonso de Guerra, religioso de la misma órden, y obispo de Michoacan; pero despues, como la iglesia y convento por lo cenagoso del sitio estaban tan maltratados y hundidos, el dia 6 de Julio de 1716 se anegó de tal suerte la iglesia y oficinas bajas del convento, que le fué preciso al provincial, que lo era á la sazón Fr. Francisco Aguirre, juntar sus padres á consejo, y fabricar nueva iglesia y convento, que con efecto se resolvió, y desde luego se comenzó con bastante ardencia, de suerte que en 3 de Agosto de 1736, se dedicó la nueva iglesia enteramente acabada, que es uno de los mas magníficos y suntuosos templos de la ciudad." Costó mas de doscientos mil pesos.

Su situacion es de Norte á Sur: á este viento la puerta, y á aquel el altar mayor; tiene seis capillas á la banda del Poniente y cinco á la del Oriente, todas magníficamente adornadas, y la del Rosario puede servir de iglesia principal.

"Este convento es la cabeza de la provincia, la que hizo independiente de la Santa Cruz de la Isla Española, que pretendia tenerla unida, el P. Fr. Domingo de Betanzos, fundador de ella, que el año de 1531 pasó á España á este efecto, y consiguió dos bulas del Sr. Clemente VII, la una fecha en Roma á 2 de Julio de 1532, y la otra en Bolonia, á 8 de Mayo de 1533, y patente de su general para erigirla en provincia, separada é independiente de la Santa Cruz de la Isla Española; y por haber llegado á Méjico en 24 de Julio de 1533, víspera del apóstol Santiago, le tomaron por su patrono, y se intituló la provincia de Santiago de Méjico, órden de predicadores."

En cuanto á la capilla del Rosario, se dedicó en 29 de Enero de 1690, habiendo sido abierta á los fieles el dia anterior. El diario del Lic. Robles nos describe este suceso de la manera siguiente:

"Sábado 28, se abrió la capilla del Rosario, y se trajo la Señora del Rosario á las cinco de la mañana á Catedral, de donde volvió en procesion á la tarde; y fué el señor arzobispo en ella vestido de pontifical, y asistió el virey y ciudad; hubo muchos fuegos; fué por las Escalerillas á la calle del Reloj por la Encarnacion."

Litoq. de Iriarte y C^aINTERIOR DEL TEMPLO DE S^{to} DOMINGO.
MÉJICO.

Del claustro no sabemos mas, sino que se dedicó con procesion y sermon el 29 de Setiembre de 1692.

Fundáronse asimismo otras dos capillas con entrada por el atrio mirando al Oriente: una dedicada al Señor de la Espiracion, cuyo altar mayor da frente á este mismo rumbo, y otra que es de la Tercera Orden, se estiende de Norte á Sur, quedando el altar mayor hácia este último viento.

Tal es el cuadro en que encerramos la historia de la fundacion del primer convento de dominicos en el país: de intento hemos renunciado á darle mayores dimensiones por evitar la prolijidad que resultaria de incluir en él pormenores que pudieran acaso parecer impertinentes ó fastidiosos. Sin embargo, no es dable referir este suceso sin trasladarse á la época en que se verificaba, y contemplar con interes, con cariño y admiracion el grandioso espectáculo de la lucha de dos civilizaciones, ambas antiguas, imperfectas ambas, de las cuales una moria y la otra empezaba á aclimatarse en nuestro suelo. Llevaban la parte mas meritoria en esta labor difícil los primeros varones apostólicos que llegaban á la capital, los cuales no bien se proporcionaban un albergue, cuando cediendo á los impulsos de la caridad, daban principio á sus misiones, sembrando entre los idólatras la semilla del Evangelio y con ella las primeras ideas de reconciliacion entre las razas vencida y vencedora. Ellos fueron,—preciso es confesarlo con la antorcha de la historia en la mano,—ellos fueron los primeros que levantaron la voz indignada contra los desmanes sacrilegos de los conquistadores, y armados de la cruz se colocaron entre estos y los oprimidos mejicanos como un escudo de acero. No se encerraron en el lóbrego recinto de sus misterios como los sacerdotes de Egipto; por el contrario, llamaron á sí y á la participacion de sus luces á todos los menesterosos; y en vez de contentarse con dar oídos á los que pedian su ayuda, iban ellos mismos á buscarlos á sus moradas, arrojando todo género de peligros. Así fué como dieron principio á una conquista mas suave, sin valerse de otras armas que la palabra y el ejemplo; así fué como se esparcieron paulatinamente por el territorio nacional, descubriendo nuevos países, impulsando los adelantos de la geografia, estudiando la historia y las lenguas indígenas, perfeccionando las nociones que se tenian sobre agricultura, introduciendo nuevas artes, y ganando al mismo tiempo prosélitos del cristianismo y de la civilizacion.

Pero seguir el desarrollo progresivo de una y otro es asunto de una obra especial que alguna vez se escribirá; nos limitaremos nosotros á señalar sus primeros pasos. Y como estos están inherentes á la vida apostólica de los religiosos que pisaron nuestro suelo recién hecha la conquista, señaladamente de los franciscanos y dominicos, ya que tratamos de los segundos, convendrá dar algunos apuntes biográficos de varios, que no por haber vivido en el retiro son menos acreedores á las miradas de la posteridad. Empezaremos por el fundador de la provincia de Méjico.

III.

FRAY DOMINGO DE BETANZOS.

Nació este varon insigne en Leon de España, no se sabe á punto fijo el año ni el dia. Desde sus primeros pasos en la vida dió claras muestras de lo que alcanzaria en la edad proveyta, siendo por esta causa la delicia y la admiracion de sus padres, que figuraban entre las mas ilustres familias de la ciudad.

Luego que manifestó disposicion para los estudios, le enviaron á la célebre Universidad de Salamanca, donde cursó con notable aprovechamiento, gramática, retórica y filosofía, aplicándose despues á la jurisprudencia. Descolló tanto en el estudio de esta facultad, que en breve recibió en ella los grados de bachiller y licenciado.

Pero al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento, ejercitábase en otro estudio mas fructuoso, cual es el de la práctica del Evangelio, y de esta suerte crecia su alma en ciencia y en virtud.

Concedióle el cielo la rara felicidad de un verdadero amigo en el jóven Pedro de Arconada, *mozo de buen ingenio y buena vida*, como le llama un biógrafo, y era su compañero no menos en los estudios que en el ejercicio de la caridad. Vivian juntos y aprovechaban todos los momentos que les dejaban libres sus atenciones en visitar los hospitales, en donde eran el consuelo de los enfermos así por el empeño que ponian en aliviar sus dolencias, como por las limosnas que les daban.



Litog. de Iriarte y C^o

abro.

R.P. F. DOMINGO DE VETANZOS.